

Entrevista con Javier Garciadiego

La historia en buen español

Guadalupe Alonso

Javier Garciadiego ha dedicado su trayectoria como historiador al estudio de diversas aristas de ese periodo definitorio de la vida mexicana: la Revolución de 1910. Con motivo de su reciente ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, el también presidente de El Colegio de México conversa con nuestra colaboradora Guadalupe Alonso sobre su formación, intereses intelectuales y acercamientos específicos al quehacer historiográfico.

Javier Garciadiego nació en la Ciudad de México en 1951. Es doctor en historia de América Latina por El Colegio de México y por la Universidad de Chicago, donde fue discípulo de Friedrich Katz. Ha dedicado su carrera al estudio de la Revolución mexicana, tema central de diversas publicaciones, entre las que destacan: *Así fue la Revolución Mexicana*, *Rudos contra científicos*. *La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana* y *Cultura y política en el México posrevolucionario*. El 9 de mayo, Javier Garciadiego ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, en la que ocupa la silla que dejara, al fallecer, Miguel Ángel Granados Chapa. Conversamos con el historiador en la biblioteca de El Colegio de México, institución que preside y le permite, a través de la docencia, mantenerse en contacto con las nuevas generaciones.

Dijo usted sentirse muy honrado, aunque sorprendido, por la invitación a formar parte de la Academia Mexicana de la Lengua.

Cuando se me pregunta qué pienso hacer, creo que lo que me vincula como historiador y miembro de esta Aca-

demia es la obra de difusión. Entre mis objetivos está seguir haciendo obra de difusión histórica con buen contenido historiográfico, con rigor, con interpretaciones profundas, no triviales, pero sobre todo en un buen español.

En julio del 2011, recibió una llamada de don Ernesto de la Peña, con quien lamenta no haber tenido amistad. Solamente el contacto a través de los programas de radio en los que ambos coincidían en el Instituto Mexicano de la Radio.

Él me llamó y me pidió autorización para proponer mi nombre y ser considerado como potencial miembro de la Academia. Le dije que no. Y se lo dije claramente por dos razones: primero, porque no soy de esos historiadores que tienen una prosa magnífica, que les sale natural. A mí me cuestan mucho trabajo mis textos, los tengo que revisar cuatro o cinco veces; y, en segundo lugar, porque en esta institución, El Colegio de México, hay filólogos, lexicógrafos, lingüistas y críticos literarios que tienen, ellos sí, méritos para estar en la academia. Ahí terminó la llamada. Días después me llamaron Jaime Labastida, director de la Academia, y Miguel León-Portilla, para decirme que a lo mejor don Ernesto no me ha-

bía dicho que se pensaba en mí para una de las sillas que tradicionalmente la Academia ha reservado para historiadores. Entonces dije: “Si es así, con todo gusto”.

¿Qué se privilegia en un texto sobre historia? ¿El rigor científico y académico o el talento literario para saber contarla?

Ésta es una gran discusión. Durante muchos siglos se decía que la historia era una rama de la literatura. Me estoy remontando a Herodoto, que está al mismo nivel que los grandes dramaturgos o los grandes poetas. Esto siguió siendo así hasta la primera mitad del siglo XIX. En el siglo XVIII los historiadores eran grandes escritores. El principal ejemplo es Gibbon, con su maravillosa *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Esto cambió en la segunda mitad del siglo XIX, cuando prevaleció la historia documentalista, lo que se llama historia positivista. Y luego, en el siglo XX, fue mucho peor, porque la historia dejó de ser para muchos colegas una parte de la literatura, una rama humanística, y se convirtió en una ciencia social. Entonces importaba más no sólo tu documentación sino el respaldo científico con que la manejabas. ¿Cuál fue el resultado? Que la historia perdió a ese lector común que era tan generoso y nos empezamos a leer sólo entre nosotros, obras con un lenguaje muy riguroso, muerto, de jerga científica.

Hay historiadores que seguimos pensando que la expresión cuenta, que hay que hacerlo no con palabras domingueras, simplemente con el lenguaje adecuado para aquel lector común en el que debemos pensar siempre. Creo que me ubico en este grupo de historiadores, o más bien trato de cumplir con ambas posibilidades: el texto con bases científicas, y también estoy comprometido con la buena difusión de la historia en un lenguaje correcto y con una interpretación analítica. Ahora bien, difusión de la historia no quiere decir trivializarla. No sorporto a aquellos difusores de la historia que únicamente se preocupan por temas de sexo o cosas por el estilo.

Una forma de esa difusión es la que ha hecho en la radio a través del programa Conversaciones sobre historia.

Tengo ocho años con el programa. Antes lo llevó Gastón García Cantú, y él mismo sugirió que se me buscara. Había sido mi director de tesis y fue quien me contagió la pasión y el gusto por la historia. A él le debo la vocación historiográfica. Cuando se me invitó a continuar con el programa, no tenía ninguna experiencia en difusión por radio y me recomendaron muy pocas cosas: que hablara con un lenguaje llano y sencillo, como lo recomienda Antonio Machado; que no diera muchas fechas, pocas cifras, pocos nombres, que repitiera dos o tres veces la idea central a lo largo del programa y eso hago hasta la fecha. Lo he dicho y lo vuelvo a decir: el IMER hizo posible que llegara a la Academia Mexicana de la Lengua.

Antes del impulso que le diera Gastón García Cantú, había tenido, en la infancia, un acercamiento a la historia.

A mi abuela materna le había tocado vivir algunas etapas de la historia de México que a mí me empezaron a ser especialmente relevantes. Ella nació en 1900, en la Ciudad de México. Muy joven tuvo que ir al exilio en Nueva York, porque su padre estaba involucrado en asuntos políticos, era senador en la XXV Legislatura. Me contaba ella historias de la Decena Trágica, de sus años de exilio, de su regreso a México, y esto fue lo que despertó en mí el interés por la historia. Ése es el inicio familiar.

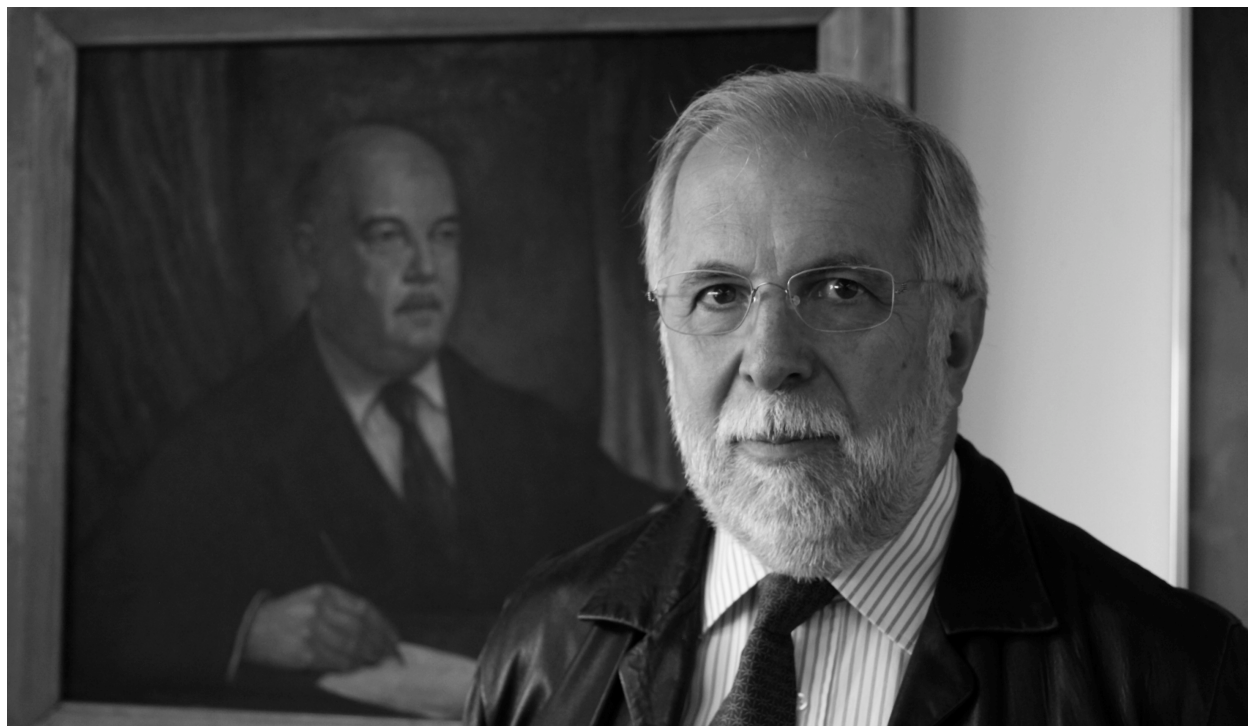
El inicio profesional fue García Cantú. Me di cuenta de que en él había un amor muy patriótico por la historia de México, el cual me contagió. Entonces vine a El Colegio de México y ese amor me lo convirtieron en algo más riguroso, más analítico, más científico. Luego tuve otra experiencia que considero un privilegio en la vida: después de obtener el doctorado aquí en El Colegio de México me fui a hacer un segundo doctorado con Friedrich Katz y ésa fue la experiencia definitiva en mi vida profesional. Muy pocos seres humanos tienen la calidez intelectual y moral de Katz y haber sido un discípulo tan cercano a él me marcó para siempre.

¿Cómo fue su paso por la UNAM, donde hizo la licenciatura en ciencias sociales?

México tiene grandes instituciones. De repente oímos críticas al sistema educativo mexicano, pero yo digo que no es tan malo como lo pintan; es muy desigual. Tenemos instituciones muy buenas y áreas enteras que requieren un replanteamiento de fondo. La UNAM es mucho más que una buena universidad, pues rebasa el concepto de universidad como tradicionalmente se le conoce. La UNAM es un espacio de crítica y cultura. Si alguna institución ha colaborado con el ascenso social de los mexicanos en el siglo XX ésa es la UNAM. Los mexicanos todavía no terminamos de agradecerle a nuestra Universidad lo que le debemos.

¿Qué le lleva a elegir el periodo de la Revolución como tema principal de estudio?

Me gusta la historia de la Revolución mexicana porque siento que fue el proceso definitorio de la mayor parte del siglo XX. Me interesaba entender el presente de una manera más rica y compleja, desde una perspectiva más amplia. Eso me lo daba la historia, pero, sobre todo, la historia cercana, la inmediata, la historia contemporánea. Reconozco que para entender el México de hoy hay que remontarse a otros periodos. No podemos entenderlo si no nos damos cuenta de que éramos una civilización primigenia, aborígen, de enorme calidad, que fuimos conquistados, colonizados durante tres siglos por una civilización, la española y católica; que tuvimos un siglo XIX débil, un siglo XX con algunos años



© Javier Navariz

Javier Garciadiego

de enorme compromiso social y con poco interés democrático. En fin, nuestra historia es muy compleja.

Estudí la Revolución porque quería entender el presente. Y el presente de México, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, está determinado por la Revolución. Hoy en día hay otros procesos posteriores que resultan significativos para entender el México contemporáneo. Ya la Revolución se nos empieza a alejar, aunque siempre habrá características de un país que pasó por una revolución; sin embargo, hoy debemos contemplar el crecimiento de la clase media, la urbanización, la politización de jóvenes y mujeres, nuestra frontera con Estados Unidos. Lo que nos marca hoy está en los procesos del último tercio del siglo XX para acá.

¿Qué luces nos arroja la Revolución más allá del mito o de la historia oficial, para comprender el presente?

A la historia oficial le tengo muchas reservas. La izquierda tiene una historia oficial; la Iglesia católica también. Prácticamente todas las instituciones tienen su historia canónica. Me gusta más llamarla *historia gubernamental*, pero, aun así, no es lo mismo la historia que se construyó en el periodo de Cárdenas a la que se hizo con Salinas y Zedillo. Pensemos en los dos tipos de libro de texto que plantearon ellos comparado con lo que se hacía en etapas anteriores.

Mitos siempre habrá. La transición a la democracia ya generó sus propios mitos; el 68 es parte de la mitología histórica. Entonces, la mitología histórica no se vincula únicamente con los gobiernos.

Creo que la Revolución mexicana nos deja tres compromisos muy importantes. Un compromiso social con una parte enorme de la población que vive todavía en

condiciones inaceptables. Un segundo compromiso, por lo menos desde la perspectiva de Madero, es la exigencia democrática. Y un tercero, la educación y la cultura. Aquí retomo el nombre de Vasconcelos. Para él era clarísimo: la Revolución no era solamente reivindicación agraria o los derechos de los trabajadores, era, sobre todo, el compromiso de ampliar la matrícula educativa y construir una cultura propia.

A José Vasconcelos y Alfonso Reyes los elige como personajes centrales en su discurso de ingreso a la Academia. A Vasconcelos lo ha definido como “el hombre de mayores claroscuros”. ¿En dónde residen estas contradicciones?

Por un lado, tenemos a un personaje que se opone a Porfirio Díaz y se hace seguidor, muy comprometido, de Madero. Por otro lado, tenemos a un personaje que en 1929 se lanza como candidato independiente en contra de lo que consideraba un grupo enquistado en el poder a partir de la Revolución mexicana, un grupo militarista, corrupto. Éstos son sus principales argumentos para lanzarse en contra del grupo encabezado por Calles. Tenemos a un hombre muy comprometido con la educación y la cultura. Esto para hablar de las claridades.

El otro Vasconcelos es partidario de los dictadores de España y América Latina; un personaje que llegó a apostrofar a ciertas etnias —estoy pensando claramente en los judíos—; en fin, un personaje horrible. Algo que no se ha discutido tanto, pero que también es problemático, fue la faceta de un pensador que se opuso a la modernidad. Si uno revisa las páginas de Vasconcelos, ya no tienen cabida los pensadores ni las propuestas del siglo XX. En este sentido es un pensador muy misoneísta, muy contrario al cambio, a la modernidad. Estos aspectos



Javier Garcíadiego en la ceremonia de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, acompañado de Jaime Labastida y Adolfo Castañón, mayo, 2013



Javier Garcíadiego con José Sarukhán

tos me parecen completamente oscuros frente a las otras partes positivas de su personalidad.

Él fue, además, rector de la Universidad Nacional por un periodo muy corto, dieciséis meses. ¿Cuáles fueron sus logros, por qué trascendió?

Por su talento, por su pertinencia. Él llega a la Universidad Nacional —todavía no era UNAM— a mediados de 1920 con la caída de Carranza y la llegada de los sonorenses: De la Huerta, Obregón y demás. No era una universidad autónoma, sino un departamento universitario de Bellas Artes, y él lo dice muy claro: Acep-

to esto pero solamente como un paso preparatorio, no a la restauración, sino a la creación de la Secretaría de Educación Pública. Dijo no a la restauración porque con Justo Sierra, en 1905, se había creado la Secretaría de Instrucción Pública. Cuando llega Vasconcelos dice: Voy a refundar la secretaría, pero no se va a llamar de Instrucción, se va a llamar de Educación Pública. Para Vasconcelos la educación era mucho más que los simples aspectos de instrucción, lo meramente docente: los programas, los salones, las clases, los maestros, sí, pero por otro lado, sobre todo, la cultura. Ésa es la gran diferencia. Y una segunda, que es donde radica el carácter de

un secretario producto de una revolución. El concepto que tenía Justo Sierra era una universidad de matrícula restringida. En 1910, cuando se funda, la Universidad Nacional tiene menos de mil alumnos. Vasconcelos propone ampliar la matrícula, crear escuelas rurales y en barrios populares de las ciudades, aumentar la oferta de educación media y, claro, hasta donde se podía, multiplicar las universidades a todo lo largo y ancho del país. Éste es el gran proyecto de Vasconcelos: no limitar la educación a unos cuantos sino ampliarla. Y no limitarla sólo al aspecto meramente docente, incluir a la cultura. Ése es el Vasconcelos que me gusta.

Él deja la Universidad Nacional porque se crea la Secretaría de Educación a finales de 1921 y ahí está su gran aportación. La universidad se identifica mucho con Justo Sierra, pero la universidad que tenemos hoy en día tiene más vínculos y más deudas con Vasconcelos. Sierra es quien lanza la idea, el que genera el compromiso del Estado para crear una universidad pública de esa magnitud, pero el que le da las características a esa institución es Vasconcelos. Él propone una universidad comprometida con la sociedad y la cultura, una universidad comprometida con América Latina.

El otro personaje al que dedica su discurso es Alfonso Reyes. ¿Cuál considera que ha sido su principal aportación a nuestra cultura?

Alfonso Reyes es de otra dimensión. En el ámbito de la escritura Vasconcelos es muy desigual. Tiene páginas gloriosas. *Ulises criollo* es el libro de prosa más importante que se escribió en México en el siglo XX. Su lectura es una obligación moral, pero también una oportunidad de deleite y de aprendizaje. Y también tuvo muchas páginas, hoy, absolutamente prescindibles. Alfonso Reyes nunca tuvo un libro glorioso, pero tiene toda una obra que en su conjunto es gloriosa. Una gracia para escribir, un respeto con los temas que trata, una obra de verdad sin igual en la literatura mexicana.

Ahora, los compromisos institucionales. Vasconcelos quiere alfabetizar a todo el país, quince millones de habitantes en aquel entonces, de los cuales se calcula que el 80 por ciento no estaba alfabetizado. Ése es el reto que él se impone. Los retos de Alfonso Reyes eran de otro tipo. Él quería que los mexicanos tuviéramos acceso a la alta cultura. Reyes sale del país en 1913 y regresa en el 38, 39. Encuentra una cultura demasiado nacionalista, no nada más en el muralismo o en la música, sino en la literatura y la cultura general. Lo que dice Alfonso Reyes es: Cuidado, ésa es parte de nuestro ser, conservemos esa cultura, no prescindamos de ella, pero tampoco prescindamos de la cultura occidental. Desde que nació México como país, en el siglo XVI, somos occidentales, con el mismo derecho que otros. Finalmente estamos hablando el español, un lenguaje que nace mil años atrás, del otro la -

do del mar, y la religión que predomina en México también es emblemática de Occidente —ya seas católico o protestante—, el cristianismo. Aun siendo laico puedes reconocer en el cristianismo ese cemento de la sociedad, esa identidad cultural que nos hace occidentales. Entonces, asumamos esa doble naturaleza. Por un lado, somos americanos de origen precolombino y, por el otro, somos occidentales. Nos enriquece tener esas dos raíces.

¿Considera que tanto Vasconcelos como Reyes, cada uno a su modo, sembraron las bases de una política cultural que aun hoy, con los enormes cambios que hay a nivel global, sigue vigente?

La cultura es parte vital del proceso histórico de cualquier país, sociedad o región. En el caso de México, además, somos un país que tiene una historia muy intensa. Salvo por la zona andina, ninguna otra región del continente tenía las culturas aborígenes que nosotros. Durante el periodo colonial, México tuvo una riqueza cultural, social, económica, mucho mayor que el resto del continente. Nuestro siglo XIX es muy particular: una guerra de independencia, guerra con Estados Unidos, pérdida de territorio, intervención francesa. Y luego, nuestro siglo XX es una historia especialmente rica. Si algún país tiene una cultura con calidad de exportación, desde hace varios siglos, es México. No puedo ubicar a una escritora como sor Juana en alguna otra región del continente. La cultura mexicana es de las mejores del mundo: en pintura, en literatura, en cine. En eso el Estado mexicano tiene un compromiso heredado, en buena medida, de Vasconcelos. Tenemos instituciones estatales y no estatales de altísima calidad. ¿Cuántos países de América Latina tienen una UNAM, un Colegio de México, un INAH, un Bellas Artes? Somos realmente una potencia cultural y esto es algo que debemos mantener.

Además del gusto por la historia, que comenzó con los relatos de la abuela, ¿qué otros intereses marcaron su juventud?

En mi familia había un culto por el fútbol, por las Chivas en particular. También por los toros. Y lo que sí no heredé fue el gusto por la música y por la literatura. Mi biblioteca la he hecho yo mismo. Todavía no encuentro explicación sobre cómo es que me hice lector desde preparatoria. Quizá fue porque a los mexicanos de mi generación nos tocó leer de jóvenes a Carlos Fuentes, a Juan José Arreola, a Juan Rulfo. Hoy veo mi librero de literatura mexicana y casi todas son primeras ediciones, pero no porque fuera bibliófilo, sino porque estaban apareciendo apenas esos libros, y me da una enorme emoción.

¿Cuál será su próximo proyecto?

Tengo este año comprometido un libro por los cien años del Plan de Guadalupe, y estoy por entregar un volumen de ensayos de historia cultural. **U**